

# ¿Y ahora qué hacemos con todos estos niños? La migración no acompañada de los menores centroamericanos

Felipe Oliver Fuentes Krafczyk<sup>1</sup>

<sup>1</sup>Universidad de Guanajuato, México

E-mail: [zamboliver@hotmail.com](mailto:zamboliver@hotmail.com)

Recibido: 13/09/2021. Aceptado: 24/12/2021.

**Cómo citar:** Fuentes Krafczyk, Felipe Oliver. 2022. «¿Y ahora qué hacemos con todos estos niños? La migración no acompañada de los menores centroamericanos». *América Crítica* 6 (1): 9-14. <https://doi.org/10.13125/americanacritica/4918>

**Abstract**—Every year, hundreds of thousands of Central American children enter the United States in search of a future impossible in their home countries. Poverty, insecurity, and the permanent threat of the well-known “maras” in Guatemala, Honduras and El Salvador, force children to travel thousands of kilometers in search of an American dream that no one promised them. In addition to the failure of the countries of Central America’s northern triangle, there is the indifference of Mexico, a transit territory between origin and destination, which has also failed to protect the best interests of children. Finally, mention must be made of the United States, whose migration policy deals with children once they threaten to cross its border, while ignoring the reasons why these same children left their countries of origin in the first place. This work engages in a dialogue between journalistic, sociological, and testimonial discourses to offer a panoramic and multidisciplinary view of a complex and multifaceted problem. — *Unaccompanied minors, Central America, “Maras”, Ruined childhood, border.*

**Resumen**—Cada año cientos de miles de niños centroamericanos ingresan a los Estados Unidos en busca de un futuro imposible en sus países de origen. La pobreza, la inseguridad y la amenaza permanente de las bien conocidas “maras” en Guatemala, Honduras y El Salvador, obliga a los niños a recorrer miles de kilómetros en busca de un sueño americano que nadie les prometió. Al fracaso de los países del triángulo norte de Centroamérica se suma la indiferencia de México, territorio de tránsito entre origen y destino, que tampoco ha sabido preservar el interés superior de los niños. Por último, cabe una mención para los Estados Unidos, cuya política migratoria se ocupa de los niños una vez que amenazan con cruzar su frontera al tiempo que ignora los motivos por los que en principio esos mismos niños abandonaron países de origen. Este trabajo entabla un diálogo entre discursos de carácter periodístico, sociológico y testimonial para ofrecer una mirada panorámica y multidisciplinaria sobre un problema complejo y con múltiples aristas. — *niños migrantes, Centroamérica, Maras, niñez fallida, frontera.*

La migración masiva de centroamericanos hacia los Estados Unidos no es un fenómeno nuevo. La migración infantil no acompañada tampoco es nueva (Terrio 2015; Clemens 2017). La novedad, en todo caso,

reside en el notable incremento de esta práctica en los últimos cinco años. No en vano entre el 2013 y el 2014 las autoridades migratorias estadounidenses reconocieron formalmente la existencia de una crisis humanitaria

para referirse a los niños no acompañados ingresando o intentando ingresar de manera ilegal en su territorio. ¿Por qué abandonan sus países de origen? ¿Cómo recorren los miles de kilómetros que los separan de su destino? ¿Y qué pasa con ellos una vez que logran ingresar a los Estados Unidos? En las próximas páginas intentaré responder a estas preguntas a través de un diálogo entre discursos de carácter periodístico, sociológico y testimonial. El enfoque será transdisciplinar pues el objetivo consiste, justamente, en ofrecer distintas miradas sobre un problema con múltiples aristas.

La narradora y ensayista mexicana Valeria Luiselli (2019) conoce de primera mano el fenómeno de la migración no acompañada de niños y menores de edad pues en su momento trabajó para la Corte Federal de Inmigración de los Estados Unidos traduciendo “del español al inglés, testimonios de niños en peligro de ser deportados” (15). Este conocer de primera mano un problema en ascenso y sin esperanzas de solución a la vista, permitió a la mexicana articular las reflexiones que cristalizaron un sugerente ensayo publicado en el 2016 titulado *Los niños perdidos (un ensayo en cuarenta preguntas)*. Para visibilizar la magnitud del problema, Luiselli ofrece cifras contundentes:

El tránsito de menores que migran a Estados Unidos desde México y Centroamérica, solos, sin padres o familiares mayores de edad, es un fenómeno que ocurre desde hace muchos años. Pero en los ocho meses anteriores a que se declarara una crisis, había habido un aumento enorme y muy repentino en esa tasa de migración: entre octubre de 2013 y junio de 2014, la cifra total de menores detenidos en la frontera México-Estados Unidos alcanzó de pronto los 80 mil. Ese aumento repentino detonó las alarmas en Estados Unidos y provocó que se declarara la crisis. Más adelante, hacia el final del verano de 2015, se supo que la cifra seguía aumentando: entre abril de 2014 y agosto 2015 llegaron más de 102 mil menores (39).

Los números hablan por sí mismos: más de cien mil niños y menores de edad computados en un intervalo no mayor a dieciocho meses. El punto elegido por Luiselli para ahondar en tan complejo y hondo problema no es otro que el cuestionario desarrollado por las autoridades americanas para determinar el destino de los niños indocumentados. Un cuestionario “frío y pragmático” (18) que en cuarenta preguntas -de ahí el subtítulo del ensayo- define cosas trascendentales como la legal permanencia del menor en los Estados Unidos o su ulterior deportación al país centroamericano de origen. Por supuesto, la pregunta que tanto Luiselli como el lector de *Los niños perdidos* no puede obviar gira en torno a la imposibilidad misma de aprehender una catástrofe humanitaria y social co-

mo la que viven millones de centroamericanos en un simple formulario. ¿Es posible discernir el pasado de un niño y en paralelo decidir sobre su futuro inmediato a partir de cuarenta preguntas frías y pragmáticas? El ensayo de la mexicana recorre panorámicamente el cuestionario para exponer sus límites como instrumento para hacer frente a la migración masiva de menores de edad hacia los Estados Unidos. Niños que, conviene insistir, viajan solos y al cruzar la frontera buscan ser aprehendidos por las autoridades a fin de que puedan ser reclamados por algún familiar previamente instalado en la nación norteamericana. Aquí es donde aparece el famoso cuestionario como un instrumento fallido que no atiende a las causas primeras del problema. En palabras de la mexicana,

... en el léxico político y legal, la noción de “crisis migratoria” abarca sólo el hecho concreto de la llegada de miles de niños a Estados Unidos, y sus posibles consecuencias para el país. La discusión, por lo tanto, se ha centrado en la pregunta, palabras más palabras menos: ¿Y ahora qué hacemos con todos estos niños? Nadie en esas tres esferas -los medios, la política, la ley- sitúa la discusión en donde hay que situarla; nadie trata de extender la noción misma de una “crisis” hacia sus raíces más profundas y remotas; y nadie, ni por asomo, sugiere que haya una responsabilidad compartida -transnacional- en los orígenes del problema ni, por ende, que se deba de pactar una solución real para los destinos de esos niños (39).

## LOS MOTIVOS DEL VIAJE

¿Por qué migran millones de centroamericanos hacia los Estados Unidos? Esta es la pregunta clave en torno a la cual deben ordenarse y subordinarse todas las interrogantes. La pobreza y la inseguridad son acaso la mejor respuesta. Después de cubrir la famosa caravana de alrededor de ocho mil personas que en octubre del 2018 viajó desde Honduras hasta la fronteriza ciudad de Tijuana, entrevistando durante el recorrido a miles de migrantes centroamericanos, el periodista español Alberto Padilla resume el contexto en unas cuantas palabras:

Una historia distinta a otros miles de historias distintas, pero parecida en un punto a todas las demás: viene de una nación terriblemente pobre y que se ahoga en sangre. Ocurre algo similar, con sus variantes locales, en Guatemala y El Salvador. Los guatemaltecos mueren de hambre y a los salvadoreños los matan a tiros. Aunque las situaciones son intercambiables. También hay salvadoreños que mueren de hambre y guatemaltecos a los que matan a tiros (Padilla 2019: 23).

Frente a la incapacidad del Estado para ofrecer oportunidades laborales dignas y las mínimas condiciones de seguridad lo mismo para las personas que para sus patrimonios, la migración deviene en éxodo masivo. Después de todo, dice Padilla,

“no hay migración que solo busque un empleo y que se haga con la familia a costas. A buscar trabajo se va sin el niño colgado del brazo” (77). En efecto, la presencia de familias completas cruzando Centro América y México, o el creciente fenómeno de los niños viajando solos sugieren que aquí estamos frente algo más complejo y profundo que la migración laboral. ¿Por qué migran específicamente los niños? ¿Por qué una madre, un padre o un abuelo envía a un menor de edad a recorrer miles de kilómetros en busca de un sueño que nadie les prometió? Citando una vez más a Padilla, “pobreza y violencia, pobreza y violencia, pobreza y violencia. Las dos ideas se repiten en una letanía. También, y esto se dice menos pero aparece frecuentemente en las conservaciones, un gobierno inexistente que no se preocupa por sus ciudadanos” (77). Una vez que la letanía ha quedado grabada en la mente de todos, para el caso específico de los niños añadamos como factor sustancial el acoso permanente de las peligrosas “maras”. En efecto, las bien conocidas pandillas transfronterizas juegan un papel determinante en el aumento de la migración infantil y juvenil. La propia Valeria Luiselli lo consigna en su ensayo:

Los más pequeños te miran con una mezcla de desconcierto y diversión si dices “bandas del crimen organizado”, quizá porque asocian “banda” con las bandas musicales. Pero la mayoría, incluso los muy chicos, conoce las palabras “ganga” o “pandillero”, y decirlas es como apretar el botón de una máquina que produce pesadillas. Aún si no tienen experiencia directa con las gangas, son la amenaza constante que los asecha, el monstruo bajo la cama o a la vuelta de la esquina, con el que se van a topar tarde o temprano (Luiselli 2019: 69).

Aquí es donde urge abordar la así llamada crisis migratoria desde una lógica transnacional. Conocida es la responsabilidad de los Estados Unidos en el surgimiento, proliferación e internacionalización de las famosas maras (Martínez 2017). Estas peligrosas pandillas se han convertido en el símbolo de la violencia centroamericana y su simple mención produce pesadillas los mismo en Guatemala que en Honduras y el Salvador. Al respecto, Rossana Reguillo (2005) propone modificar la percepción en torno a las maras a través de un desplazamiento que va del origen de la violencia al síntoma de esta. Es decir,

Más que como emblema de la violencia, quisiera pensar a la mara, y especialmente las representaciones de la mara, como un síntoma, es decir, como una expresión radicalizada del malestar contemporáneo, que encuentra frente a la carencia o insuficiencia de lenguajes para ser expresado un vehículo idóneo en “lo criminal” [...]. En este pliegue de sentido quizás radique una de las pistas centrales para comprender qué es lo que expresa el síntoma proyectado sobre un imaginario social desprovisto de proyecto colectivo y de pacto social, atemorizado por las señales constantes de la ruptura del orden conocido y el declive acelerado de las instituciones,

perseguido por la pobreza y la ausencia de un orden inteligible (76-77).

Baja este punto de vista, la mara es el monstruo bajo la cama con el que todos los jóvenes se van a topar tarde o temprano por una sencilla razón: ofrecen un orden visible en una sociedad en donde el proyecto colectivo y el pacto social han desaparecido. La mara ofrece un sentido de pertenencia frente a la ausencia simbólica y vacío de poder del Estado. La mara es el imperio ominoso que “avanza sobre territorios reales y simbólicos, como testimonios de la fragilidad del orden social que nos hemos dado” (: 71). Así, frente a la amenaza siempre presente de los pandilleros, decenas de miles de menores emprenden el viaje al norte huyendo del reclutamiento forzoso, de la violencia sexual, del pago de extorsiones y otras tantas formas de violencia criminal desde las cuales la mara expresa su poder<sup>1</sup>.

Es indiscutible que la política migratoria de todos los países envueltos en la así llamada crisis soslaya el problema axial de la inseguridad. Los países al sur del Río Bravo cruzan los brazos mientras sus ciudadanos huyen, y Estados Unidos se preocupa por los migrantes únicamente cuando ingresan a su territorio cuando lo más sensato sería atacar aquellos factores que en principio motivan/obligan el flujo migratorio. Dicho con otras palabras, una política migratoria efectiva atendería por igual las causas generales por las que cientos de miles centroamericanos migran a los Estados Unidos y, más importante todavía, las causas particulares por las que migran específicamente los niños. ¿Cómo recuperar los territorios bajo el control de las maras? Hasta el momento la política de mano dura que se traducen en un combate violento y frontal en contra de las maras han fracasado de manera estrepitosa. Como bien señala Rossana Reguillo, el reto consiste en “no destruir por la violencia lo engendrado por la violencia” (84). Mientras tanto, el número de niños y menores de edad viajando hacia los Estados Unidos seguirá aumentando.

## LOS PELIGROS DEL VIAJE

Ahora, ¿cómo viajan los centroamericanos desde El Salvador, Honduras y/o Guatemala hasta la frontera sur de los Estados Unidos? ¿Cómo personas sin recursos logran cubrir los miles de kilómetros que separan sus países de origen de su país de destino? De acuerdo con periodistas como Óscar Martínez y Alberto Padilla, un cruce seguro cuesta entre siete mil y ocho mil dólares. La cifra incluye transporte por tierra, así como los distintos sobornos que el “pollero” va soltando aquí y allá a las autoridades y a los grupos de delincuencia organizada para poder transitar con tranquilidad con sus “pollos”. De más está decir que sólo muy pocos migrantes pueden pagar esta cantidad para garantizar un viaje seguro por entre Centroamérica y

1 Alma Guillermoprieto (2012) describe con detalle algunas de las actividades delictuales de las maras como el “reclutamiento” de jovencitas para ejercer la prostitución y/o para visitar a sus compañeros en prisión bajo el formato de visita conyugal, el cobro de rentas a los comerciantes, el narcotráfico, la trata de blancas y las prostitución infantil, por dar sólo unos ejemplos.

México, y un exitoso cruce a los Estados Unidos. Para el resto, las opciones consisten en distintas alternativas, todas ellas peligrosas. Miles de migrantes abordan clandestinamente los trenes de carga para viajar durante horas recostados sobre el techo de los vagones o en precario equilibrio sobre los balcones de los acoples. Este peculiar medio de transporte ha cobrado tantas vidas que ha sido apodado como La bestia. Óscar Martínez ofrece acaso la mejor descripción del horror en torno al viaje en el lomo de la “quimera de acero”:

Este es el transporte de los migrantes de tercera, los que viajan sin coyote y sin dinero para autobuses. Ésta es la bestia, la serpiente, la máquina, el monstruo. El tren. Rodeado de leyendas y de historias de sangre. Algunos, supersticiosos, cuentan que es un invento del diablo. Otros dicen que los chirridos que desparrama al avanzar son voces de niños, mujeres y hombres que perdieron la vida bajo sus ruedas. Acero contra acero. Una vez escuché una frase en uno de estos viajes nocturnos “Este es el primo hermano del Río Bravo, porque la misma sangre tienen, sangre centroamericana” (Martínez 2016: 66-67).

No es posible cuantificar el número de migrantes que han perdido la vida o alguna extremidad al caer entre las ruedas de la bestia<sup>2</sup> En varias ciudades mexicanas se ha vuelto habitual la presencia de migrantes de todas las edades, incluyendo niños, mutilados en los semáforos de las grandes avenidas o en los vehículos del transporte público. Con ligeras variantes todos ellos cuentan básicamente la misma historia: se cayeron de La bestia, perdieron la(s) extremidad(es) y ahora apelan a la caridad del ciudadano para conseguir una moneda que les permita seguir avanzando al norte, siempre al norte. Considerando que los trabajos disponibles para los migrantes ilegales son esencialmente manuales, para fines prácticos una extremidad mutilada cancela el futuro laboral del migrante. Aun así, persiste el afán por llegar hasta la frontera y cruzar de cualquier modo a los Estados Unidos. Otros migrantes cubren el desplazamiento pidiendo aventón a un lado de la carretera, lo que supone una especie de variante de La bestia:

no hay saliente de un camión que no sea aprovechada para evitar caminar. He visto a varios jóvenes encajados en el espacio entre la cabina y el tráiler, a un tipo aferrado a la ventanilla del piloto con los pies casi colgando, adolescentes aferrados a una rueda de repuesto en los bajos de un tráiler sobrecargado” (Padilla 2019: 124).

Alberto Padilla atestiguó el recorrido de la caravana migrante del 2018 desde Guatemala hasta Tijuana. Por último, están los

2 El periodista italiano Flaviano Bianchini (2016) cruzó la geografía mexicana a bordo de La bestia para documentar la travesía que año con año emprenden miles de centroamericanos. Su libro ofrece un valioso testimonio sobre los pormenores del viaje. Véase también Del Moral González (2015).

migrantes que simplemente caminan, durante semanas o incluso meses, tratando de pasar desapercibidos ante los ojos de las múltiples bandas de delincuencia organizada que lucra con los migrantes secuestrándolos, extorsionándolos y prostituyéndolos (Comisión Nacional de los Derechos Humanos 2011). Los riesgos del viaje son variados pero todos ellos potencialmente letales.

## EN LA “HIELERA”

¿Y qué ocurre con todos aquellos niños que, en contra de toda expectativa, consiguen ingresar ilegalmente a los Estados Unidos? A diferencia de los adultos que buscan a toda costa evadir a los agentes aduanales, los niños se entregan a ellos para que puedan ser reclamados por algún familiar ya instalado en territorio norteamericano. Aquí es donde aparece una de las caras más controvertidas del proceso migratorio de los niños y jóvenes centroamericanos. En efecto, los niños y menores no acompañados son reclusos en las oficinas del Servicio de Control de Inmigración y Aduanas (Immigration and Customs Enforcement), espacio infame conocido como la hielera por dos motivos: porque sus siglas en inglés conforman la palabra “ICE” cuya traducción al castellano es hielo, y porque a decir de miles de testigos el uso abusivo del aire acondicionado mantiene la temperatura a niveles intolerables. Dediquemos algunas líneas a la “hielera”.

Si Michel Foucault (1978) define la heterotopía como una especie de utopía llevada efectivamente a cabo, la “hielera” acaso podría definirse como su opuesto exacto; es decir, la distopía realizada. En efecto, los niños que habitan este espacio no se han desviado de las normas exigidas en sus respectivas sociedades; al revés, son las sociedades las que se han desviado de los parámetros mínimos de habitabilidad forzando la migración en tanto único destino posible. Y es también una heterotopía de crisis en tanto que el futuro de los niños, sus posibilidades y esperanzas de realizarse plenamente en un espacio regulado y seguro queda en suspenso mientras terceros evalúan en torno a sus destinos. De acuerdo con Luiselli (2019), los niños mexicanos son deportados casi en automático; los centroamericanos son turnados a un albergue o bien derivados de manera provisional con algún familiar ya instalado en los Estados Unidos durante un tiempo indefinido para que el Estado estudie cada caso y emita un veredicto definitivo entre dos alternativas posibles: autorizar la legal estadia del menor o bien deportarlo a su país de origen. La hielera supone un espacio de tránsito, de parada obligada que en algunos casos extiende la esperanza de completar la niñez en un entorno más favorable, y en otros corta de tajo las ilusiones depositadas en el viaje.

Ahora, por ley ningún menor debe permanecer más de 72 horas dentro de la hielera (lo que desde luego no siempre ocurre). Sin embargo, a pesar de la brevedad de la estadía la experiencia puede llegar a ser bastante traumática. Juan Pablo Villalobos (2018) ofrece un testimonio ficcionalizado del interior de la hielera en su libro de crónicas *Yo tuve un sueño*. Y hablamos de testimonio ficcionalizado pues en palabras de su autor se trata de “un libro de no ficción, aunque emplea

técnicas narrativas de la ficción para proteger a los protagonistas” (11). En efecto, Villalobos transformó en relato “los testimonios de diez menores recabados en entrevistas personales llevadas a cabo durante el mes de junio de 2016 en Nueva York y Los Ángeles” (11). Por consiguiente, las experiencias relatadas son reales, pero al traducir las entrevistas en crónicas el resultado final se acerca demasiado al cuento. Si acaso vale el símil, los textos de Villalobos son cuentos de no ficción. En cualquier caso, por ahora quisiera destacar un texto en particular titulado, “Voy a dormir un ratito yo”. Narrado por una niña salvadoreña confinada en la hielera, el texto arroja la siguiente descripción:

No se puede saber muy bien qué hora es cuando estás en la hielera. Ni si es de noche o de día. La hielera es la celda a la que te meten después de que te agarra migración. Le dicen hielera porque es un cuarto donde hace mucho frío y lo único que te dan para cubrirte es una cobija como metálica. Hace tanto frío que me están dando calambres en las piernas, aunque más bien los calambres han de ser por estar todo el tiempo parada. Cuando me encerraron ya no había espacio para poderme sentar, para poderme acostar a dormir, porque ya todas las muchachas estaban durmiendo acostadas en el piso y no había más lugar (11).

La imposibilidad de determinar algo tan simple como si es de noche o de día responde a la luminosidad permanente de las lámparas blancas utilizadas en el espacio. Porque la hielera es una celda helada en donde jamás apagan las luces y en donde los niños apenas si reciben una fruta o un sándwich frío cada veinticuatro horas. Ante esta información las preguntas que vienen a la mente ya no son tan complejas cómo, por ejemplo, porqué migran los niños y cómo los Estados Unidos y los países al sur de su frontera pueden trabajar transversalmente para mejorar las condiciones de vida de los centroamericanos. Aquí las preguntas que surgen son simples y hasta elementales: ¿es necesario mantener tan baja la temperatura ambiente? ¿Por qué es necesario mantener la luz encendida durante las veinticuatro horas del día como si los migrantes “estacionados” en la hielera fuesen criminales de máxima peligrosidad a los que no es posible retirar en ningún momento la vigilancia? ¿El país más rico del mundo no puede habilitar unos catres para que al menos los niños no se acuesten en el suelo? Y ahora sí una pregunta más compleja: ¿es posible determinar las consecuencias psicológicas que la experiencia de la hielera produce en los niños?

Algunos niños reciben el beneficio de la representación legal especializada financiada por una ONG y otros enfrentan el proceso a merced de la buena voluntad de las autoridades de oficio; algunos niños son deportados a sus países de origen y algunos niños consiguen la permanencia en los Estados Unidos. En cualquier caso, el balance el mismo: la niñez es un proyecto fallido en el triángulo norte de Centroamérica. La niñez, para tener al menos una oportunidad para desarrollarse en las condiciones mínimas de bienestar, necesita migrar hacia

un destino que promete ser más favorable. Sin embargo, el sueño americano no es para todos. Valeria Luiselli refiere el caso de un chico apodado Manu quien aseguró vivir acosado por las maras en el neoyorquino pueblo de Hempstead High. En palabras del chico, “Hempstead es un hoyo de mierda lleno de pandilleros, igual que Tegucigalpa” (Luiselli 2019: 74). ¿Vale la pena huir de la pobreza y de la inseguridad en Centroamericana sólo para quedar atrapado en idénticas condiciones en algún barrio marginal de los Estados Unidos? Al final, para miles de niños migrantes origen y destino ofrecen la misma esperanza: ninguna.

## CONCLUSIÓN

La pobreza y la inseguridad de los países centroamericanos aumenta año con año, prueba de ello es precisamente el incremento de la migración en general y de la migración infantil en particular. Al fracaso de los Estados centroamericanos se suma el de México como país de tránsito incapaz de defender el interés superior de la niñez. En el año 2018, la Comisión Nacional de los Derechos Humanos publicó una completa investigación titulada “Informe especial; la problemática de niñas, niños y adolescentes centroamericanos en contexto de migración internacional no acompañados en su tránsito por México y con necesidades de protección internacional”. Dicho trabajo reconoce un creciente interés por visibilizar la vulnerabilidad de los niños migrantes a través de “infinidad de documentales y películas que se han inspirado en las desgracias de los que logran sobrevivir, llegar a su destino o, acaso, regresar a sus hogares” (Comisión Nacional de los Derechos Humanos 2018: 87). Sin embargo, reconoce el informe apenas unas líneas después,

A pesar de los esfuerzos por hacer perceptible esta situación, la sociedad en su conjunto no ha logrado sensibilizarse de la situación, al grado de que las instituciones encargadas de velar por su protección, debaten, emiten pronunciamientos, organizan congresos, pero en la práctica la protección integral está lejos de adquirir el nivel mínimo deseable (87).

Por último, el informe remata el diagnóstico apuntando los bien conocidos riesgos que México tiene reservados para los niños en tránsito:

Son víctimas de delitos y extorsión por parte de otros migrantes, sus propios guías o las autoridades mexicanas; otros más sufren secuestros, asaltos y agresiones por miembros del crimen organizado, por lo que se les van minando sus sueños y esperanzas, llegando incluso a preferir regresar a sus casas (88).

Los niños que logran sobrevivir a Honduras o el Salvador, por dar un ejemplo, enfrentan una muy alta apuesta al cruzar por México. Desde perder una extremidad hasta caer en las manos de una banda de delincuencia organizada, los niños

centroamericanos deben pasar por el más extremo viaje iniciático que la imaginación pueda concebir. Un viaje que no termina con el ingreso a los Estados Unidos; aunque sin duda menos aparatosos, el país del norte igualmente guarda sus propios horrores como la hielera o el largo proceso legal con final incierto. Así, y sólo después de pasar por un verdadero calvario internacional, sólo unos cuantos “elegidos” recibirán el permiso para intentar completar la niñez en condiciones potencialmente más favorables en los Estados Unidos. Cabe preguntar, sin embargo, si la experiencia misma del viaje con todos sus horrores no ha dejado ya secuelas indelebles en la psique de los niños. ¿Cómo garantizar entonces el interés superior de la niñez centroamericana? No hay desde luego una fórmula mágica que prometa resultados a corto plazo. Textos como los de Valeria Luiselli, Juan Pablo Villalobos, las crónicas de Óscar Martínez, los informes de la Comisión Nacional de los Derechos Humanos, y otros, permiten conocer el drama de los centroamericanos y ayudan a sensibilizar a la sociedad. Sin embargo, la pobreza y la inseguridad no desaparecerán sólo por la buena voluntad de ensayistas, cronistas y activistas. Es necesario un esfuerzo conjunto, transversal e internacional que involucre por igual a los Estados Unidos, México y los países centroamericanos. Lamentablemente los Estados Unidos y recientemente México han preferido levantar muros y reforzar sus respectivas fronteras con militares para impedir el acceso de cientos de miles de niños incapaces de vivir su niñez y explotar su potencial en sus países de origen.

## REFERENCIAS

- Bianchini, Flaviano. 2016. *El camino de la bestia. Migrantes clandestinos a la búsqueda del sueño americano*. Traducido por Raquel Bermúdez y José Feliú. La Rioja: Pepitas de Calabaza.
- Clemens, Michael A. 2017. *Violence, development, and migration waves: Evidence from Central American child migrant apprehensions*. Informe técnico. Center for Global Development. <https://bit.ly/3sQ9n8Z>.
- Comisión Nacional de los Derechos Humanos. 2011. *Informe especial sobre secuestro de migrantes en México*. Informe técnico. <https://bit.ly/3pmQyJN>.
- Comisión Nacional de los Derechos Humanos. 2018. *Informe especial: La problemática de niñas, niños y adolescentes centroamericanos en contexto de migración internacional no acompañados en su tránsito por México y con necesidades de protección internacional*. Informe técnico. <https://bit.ly/3H5gb7L>.
- Del Moral González, Paulina Rocío. 2015. *Dioniso. El niño del tren del norte*. México: Ediciones Proceso.
- Foucault, Michel. 1978. “Espacios otros: Utopías y heterotopías”. *Carrer de la Ciutat* 1:5-9.
- Guillermoprieto, Alma. 2012. “El Salvador, el violento paisaje de las maras”. *Letras Libres* 160:60-67.
- Luiselli, Valeria. 2019. *Los niños perdidos. (Un ensayo en cuarenta preguntas)*. México: Sexto Piso.
- Martínez, Óscar. 2016. *Los migrantes que no importan*. México: Sur.
- Martínez, Óscar. 2017. *El niño de Hollywood. Cómo Estados Unidos y El Salvador moldearon a un sicario de la Marasalvatrucha 13*. México: Penguin Random House.
- Padilla, Alberto. 2019. *Caravana. Cómo el éxodo centroamericano salió de la clandestinidad*. México: Penguin Random House.
- Reguillo, Rossana. 2005. “La mara, contingencia y afiliación con el exceso”. *Nueva Sociedad* 200:70-84.
- Terrio, Susan J. 2015. *Whose Child Am I?: Unaccompanied, Undocumented Children in U.S. Immigration Custody*. Berkeley: University of California Press.
- Villalobos, Juan Pablo. 2018. “Voy a dormir un ratito yo”. *Yo tuve un sueño. El viaje de los niños centroamericanos a Estados Unidos*. Barcelona: Anagrama.